

Vida y cultura

Una reflexión inspirada en el pensamiento de Michel Henry, aplicada a la Argentina que se encamina hacia el Bicentenario

Resumen:

Según Michel Henry la cultura, en cuanto acción que la vida humana ejerce sobre sí misma y por la que se transforma a sí misma, es un movimiento por el que la vida no cesa de modificarse para alcanzar formas de realización y de cumplimiento más altas. Por eso, las culturas crecen desde la interioridad de sus protagonistas y también se deterioran y mueren desde dentro de sí, en la medida en que los miembros de una comunidad histórica dada renuncian progresivamente a las formas con las cuales buscaron acrecentar su propia vida desde sus comienzos. Así, según Henry, la barbarie es siempre un estado o situación derivado de un proceso de muerte iniciado en el seno mismo de una cultura, nunca un punto de partida. Las circunstancias del mundo y los ataques exteriores no pueden nunca matar una cultura sino en la medida en que sus miembros dejan de vivir desde su interior en la verdad de la vida.

En el camino al bicentenario, a la luz del pensamiento de Henry, se puede iluminar un sendero de reconstrucción a partir de la aceptación humilde de la esencia de la identidad verdad-vida y del reconocimiento de la vida como un don de Dios a donar y donarse.

Datos del autor: Haydée Copati

Licenciada en Economía (Universidad del Salvador), Doctoranda en Filosofía (UCSF)
hcopati@infovia.com.ar

Universidad Católica Argentina – Sede Paraná, Facultad de Humanidades, Instituto de Ciencias Políticas, Cátedra: Antropología Filosófica

Buenos Aires 249, 3100 – Paraná (Entre Ríos)

Fax: (0343) 431-2583

Universidad Católica de Santa Fe, Facultad de Ciencias Económicas, Licenciatura en Sistemas de Información, Cátedra: Antropología

Echagüe 7151, 3000 – Santa Fe de la Vera Cruz

Fax: (0342) 460-3030

Vida y cultura

Una reflexión inspirada en el pensamiento de Michel Henry, aplicada a la Argentina que se encamina hacia el Bicentenario

Introducción

Michel Henry (1922-2002) es dentro de la Filosofía contemporánea un autor sorprendente por la originalidad de sus aportes y sobre todo por su capacidad de considerar desde ángulos inauditos el pensamiento filosófico.

En su ensayo *La Barbarie (B)*, Henry plantea que el estado de insuficiencia, pobreza, carencia de una cultura dada no es nunca punto de partida, estado primitivo, sino que es segundo respecto a un estado de cultura que le precede necesariamente. Henry sostiene que el comienzo de la barbarie contemporánea tiene su origen en el cambio de mirada del hombre sobre la esencia de la manifestación, que se encuentra en la Vida y no en el mundo.

Por lo tanto, para comprender un proceso de barbarie es preciso comprender primero qué es la cultura, y para comprender qué es la cultura es necesario descubrir la verdadera esencia de la manifestación.

El concepto de cultura en Michel Henry

Henry define la cultura como *“...una acción que la vida ejerce sobre sí misma y por la que se transforma a sí misma en cuanto que es ella misma la que transforma y lo que es transformado. (...) “Cultura” designa la autotransformación de la vida, el movimiento por el que no cesa de modificarse a sí misma para alcanzar formas de realización y de cumplimiento más altas, para acrecentarse”* (B, 19).

Cultura y vida guardan en su pensamiento una relación doble: toda cultura es cultura de la vida en el sentido de que la vida constituye a la vez el sujeto y el objeto de la cultura. No hay cultura sino en la vida, desde la vida (como sujeto). No hay cultura sino para acrecentar la vida (como objeto-fin).

La significación de esta concepción y su originalidad puede resultar opacada si no se penetra más finamente en la distinción henryana de “verdad del mundo” y “verdad de la vida”.

En efecto, Henry distingue dos modos de verdad y sostiene que en realidad en la historia del pensamiento occidental uno de esos modos – el de la verdad de la vida- ha sido desconocido por muchos de sus representantes. Henry exceptúa a los autores místicos y reconoce también importantes intuiciones en algunos pensadores, pero sostiene que esta línea de pensamiento no ha sido aún recorrida en la historia de la filosofía. Esta es la razón por la cual funda,

dentro de la fenomenología, lo que él denomina fenomenología radical o fenomenología de la vida.

*Verdad del mundo y verdad de la vida*¹

En la verdad del mundo decimos que es verdadero aquello que se muestra. La aparición de algo a la inteligencia (un cielo nublado o la relación de los ángulos en un triángulo) es lo que funda la verdad del juicio. La aparición de algo en el horizonte de visibilidad del mundo es lo que permite hacer juicios verdaderos. En este horizonte del mundo podemos distinguir entre lo verdadero y la verdad como distinguimos entre lo que se muestra y el hecho de mostrarse. Lo que se muestra: un pájaro, una propiedad matemática. El hecho de mostrarse: la manifestación misma del pájaro o de la propiedad matemática. Hay, pues, un desdoblamiento de la verdad del mundo. En realidad, el hecho de mostrarse algo es indiferente a lo que se muestra: tanto se nos muestra el pájaro como la propiedad matemática. En la verdad del mundo se muestra todo y el hecho de mostrarse lo que se muestra es tan indiferente con respecto a lo que se muestra, como es indiferente la luz a la diversidad de las cosas que ilumina.

No es indiferente en cambio el hecho mismo de mostrarse algo. *“La esencia de la verdad está en el hecho de mostrarse, considerado en sí mismo y en calidad de tal”* (MV 22). En el fondo lo que, a mi modo de entender, está planteando Henry, es la insuficiencia de la verdad en sentido lógico e incluso en sentido ontológico, para fundarse a sí misma sin reconocer la necesidad de un fundamento más allá del pensamiento y de la contingencia de cualquier ente mundano.

En la verdad del mundo lo que es puesto delante es el objeto, de modo que el hecho de ser puesto delante es lo que lo hace manifiesto. En la verdad del mundo, por lo tanto, hay siempre un “afuera” y una distancia. Poco importa para Henry si lo que se objetiva es un ser distinto de la conciencia o la conciencia misma. En la medida en que hay un mostrarse, hay un ser puesto delante, que puede ser incluso la propia conciencia²,

Henry sostiene que en ese desdoblamiento se oculta la esencia de la manifestación, que no está en el mundo en cuanto aparece a nuestra conciencia ni en nuestra conciencia en cuanto se aparece a sí misma. ¿Dónde está entonces la esencia de la manifestación o esencia de la verdad? La respuesta de Henry es: en la verdad de la vida.

La vida es verdad y la verdad es vida. La vida no puede ser “verdadera” al modo de lo verdadero del mundo porque en la vida no hay distancia entre la

¹ Tomo los elementos esenciales de esta distinción en las obras de Henry: *C'est moi la Vérité* (MV) y *Incarnation*, cuyos datos están al final del artículo.

² A este respecto Henry considera que la modernidad no constituyó sino una absolutización de la restricción de la verdad a lo verdadero como lo que se muestra, y que, en realidad, profundizó un error que ya estaba antes en el pensamiento filosófico, que era el dejar de lado la esencia de la manifestación, es decir, la Vida. Este es ciertamente un punto que podría discutirse a Henry, en particular la universalidad con que parece expresar su crítica al pensamiento filosófico.

manifestación y lo que se manifiesta. Antes bien, la vida consiste en la manifestación misma, sin la cual no habría manifestación alguna en el mundo. En efecto, la vida se revela en la inmediatez del vivir mismo sin distancia entre lo vivido y el vivir. La verdad de la vida es su manifestación misma, y la verdad del mundo no puede tener lugar ni manifestarse en forma alguna sino a partir de la primera manifestación, la manifestación fundante de la vida.

Pero toda ipseidad viviente, cada viviente ³, no vive desde sí ni para sí. La experiencia de vivir no comienza sino desde la Vida absoluta, sin la cual no habría ipseidad alguna, viviente alguno. Una ipseidad no tiene paternidad ni maternidad alguna en la tierra. Los padres del mundo no son los autores de la ipseidad del hijo, de su yo personal.

Por lo tanto - en una apretada síntesis del camino que sigue Henry para mostrar su tesis - no habría verdad alguna del mundo sin vivientes originados en la Vida absoluta de Dios. En otras palabras, sin el Viviente Absoluto, Dios, no habría ipseidad personal alguna ni tampoco verdad alguna en el mundo.

Por otra parte, ninguna ipseidad puede considerarse a sí misma como poseyendo la vida sin haberla recibido. Toda ipseidad ha sido donada a su sujeto sin su conocimiento ni su consentimiento. Por eso, dice Henry, que la nueva definición del hombre es ser hijo de Dios. El hombre es el ser que no puede originarse sino en la Vida absoluta, que recibe su propia ipseidad como donación. Pero el modo en que el viviente recibe este don, contiene a su vez el don de hacerse cargo de su propia vida. El don de la ipseidad personal incluye el don de la libertad. De este modo la vida humana es un don que se recibe en condiciones tales que, por una parte, no ofrece posibilidad de abandono (no podemos dejar de vivir, estamos irremediamente vivos), al tiempo que ese don incluye la autoposición libre de dicha "carga".

En la medida en que el hombre, en la distancia de la verdad propia del mundo, se concibe a sí mismo como libre pero no donado, se "olvida" de la verdad de la vida y pretende entonces organizar la vida —en todos sus órdenes- con los criterios de la verdad del mundo. En la medida en que el hombre se reconoce a sí mismo como a cargo de su vida, que es vida recibida, dada, regalada, se abre para el actuar humano una nueva dimensión: la acción se organiza y realiza desde la vida, para la vida, para acrecentar la vida, y sólo dando lo recibido, se plenifica auténticamente el don.

Henry reconoce en el cristianismo la expresión más genuina y original de la esencia de la manifestación y sus consecuencias prácticas. No me detendré aquí en los rigurosos pasos que da para tratar filosóficamente los contenidos de la fe cristiana, pero su obra - a mi entender- trae a la filosofía una nueva y original forma de introducir en ella las verdades cristianas.

³ Es preciso señalar que en los análisis sobre la vida, Henry se limita a la consideración de la vida humana, dejando de lado el problema de la vida en el animal o en la planta. Ver la introducción de *Incarnation*.

De vuelta a la cultura

A la luz de lo dicho, se ilumina la definición de cultura de Henry con una nueva luz. Si la vida, lo viviente, el hombre, se objetivan al modo del mundo, la cultura degenera en barbarie.

Sólo es cultura la cultura de la vida en la línea de la identidad verdad-vida, en la línea del dinamismo auténtico de la vida: la donación reconocida y asumida libremente para potenciar la vida misma.

En el olvido de la vida, en la sustitución de la verdad de la vida por la verdad del mundo, se opera en realidad el inicio de la barbarie que vivimos hoy. Henry pone este punto de comienzo de la barbarie contemporánea en la noción galileana de ciencia, que mira al hombre y a la vida como un objeto, dejando de lado lo esencial de la manifestación de la vida y sus leyes internas.

Cuando este error guía la acción humana, la extravía por los caminos de la barbarie, es decir, los caminos de la descomposición de lo que desde dentro de la vida misma había llegado a concretarse, a plasmarse como formas del mundo en las que el don era reconocido y donado.

Los extremos a los que asistimos hoy en el intento de apropiación de la vida de modo autosuficiente, que tienen su expresión más horripilante en la eliminación de los nascituros y en otras formas de manipulación de la vida humana, son acabados ejemplos de la tesis de Henry sobre el error fundamental en la concepción de la vida y por consiguiente de la cultura.

Si la cultura es (y no puede ser de otro modo) desde, en y para la vida, sólo se mantiene viva desde la vida. Los productos culturales cuentan en la medida en que son y comunican experiencias vividas. Son formas materiales en las cuales hay plasmadas huellas de la vida, carentes de sentido si no son reconocidas y cuidadas como tales⁴.

Las cosas del mundo, el mundo, no pueden descomponer una cultura en cuanto ésta procede de la vida. Sólo se descompone una cultura en la que, desde dentro, los sujetos vivos han cambiado la verdad de su vida por la verdad del mundo. Sólo se deteriora una cultura en la que los sujetos están libremente dispuestos a llevar a cabo esta sustitución.

Ni siquiera otra cultura puede matar a una cultura sino en la medida en que desde el interior de los sujetos se acoge la transacción.

Las culturas crecen desde dentro, se mantienen vivas desde dentro y se enferman y mueren también desde el interior de la vida.

⁴ A este respecto son más que interesantes los ejemplos que aporta Henry en *La Barbarie* sobre el modo en que actualmente se trata la preservación de obras de arte con criterios científicos, dejando de lado la esencia de lo que estas obras comunican, que es siempre algo espiritual. Ver especialmente los capítulos 2 y 3 de esta obra.

La barbarie argentina

A la luz de lo desarrollado hasta aquí, podría hacerse una consideración del proceso de degradación de la cultura argentina con miras, no tanto a describirlo cuanto a encontrar orientación para la reconstrucción.

La vida en la Argentina ha conocido ciertamente períodos mejores que el presente. Si hay deterioro en las cosas argentinas es porque primero – según la tesis de Henry- hay un cambio de mirada en el interior de la vida y consiguientemente esto origina un actuar distinto al vigente anteriormente.

Surge así la idea de que la velocidad y la vastedad de nuestra decadencia social - anomia generalizada, gravísimo deterioro institucional, creciente desprecio de la vida-, pueden estar vinculados a la precariedad con que los sujetos estamos dispuestos realmente a considerar seriamente la verdad de la vida que no admite distancia alguna, es decir, la verdad que se identifica con la vida, y a nuestra inclinación a quedarnos solamente con la verdad del mundo, que objetiva pero no termina de ver dónde está el verdadero secreto, fundamento último y sentido profundo de la verdad . Es llamativo en este sentido el abismo entre el número de bautizados y el de los miembros de la sociedad efectivamente comprometidos con las verdades cristianas a la hora de la acción. También es enormemente llamativa nuestra proclividad nacional a atribuir la responsabilidad de lo que nos acontece, a agentes externos al país, o bien a otros grupos internos, pero que obviamente no son los grupos en los que nosotros nos autoposicionamos al hacer nuestra acusación.

Nuestra mirada (y me refiero a la mirada cristiana, aun la de muchos cristianos comprometidos) pareciera estar puesta en el “afuera” del mundo, llegando incluso a considerar nuestra fe cristiana como una más de las manifestaciones que ocurren en el horizonte del mundo, sin percibir que la verdad de nuestra fe nos sitúa en el corazón de la esencia de la manifestación que no admite distancia alguna entre la verdad y la vida, más aún, que exige su total identidad, so pena de convertirse en algo más grave que la objetivación de la vida y su consiguiente cosificación, esto es, en la triste versión de un cristianismo hipócrita, de corte farisaico, que a lo sumo denuncia (y a veces ni siquiera eso) pero no realiza en la verdad de la vida una identidad actual y operante de lo que dice con lo que es.

Creo también que en este colocar “fuera” lo que pertenece al interior de la vida misma, se encuentra la causa de que muchas de nuestras iniciativas para cambiar nuestro presente se sitúen en la línea de un actuar más entre otros (no en el plano concreto, lo cual resulta imposible de otro modo) sino en el plano de cómo lo comprendemos y emprendemos. Veo también allí una posible explicación de la crisis de identidad que sufren muchas de nuestras instituciones eclesiales.

Si nosotros colocamos la verdad de nuestra vida en el horizonte del “afuera” y no en y desde el interior de la vida que puja según su propia ley de lo donado que sólo se plenifica dando y dándose, no sólo no contribuimos al mejoramiento real de la vida sino que, de cierto modo, alimentamos su

deterioro situando al cristianismo como uno más en el horizonte de lo que aparece en el mundo. Por eso no podemos sentirnos sino impotentes y desanimados, porque en realidad no hemos captado la verdad de la vida ni su sentido ni su auténtico valor. Esa es, no otra, la diferencia entre nosotros y los santos. En todo caso, ésta es la distancia a dejar de lado si queremos ser santos. Las dificultades de la vida que encontraron los santos no eran mayores ni siquiera tan diversas de las nuestras. Basta leer un poco para darse cuenta de esto. La diferencia es que ellos no pusieron la verdad del cristianismo en el afuera del mundo sino en el seno de la vida y desde allí se lanzaron a la acción.

En la vida misma, siendo El la Vida misma, y la Verdad, vivo en nosotros y para nosotros (y no precisamente por obra de la Filosofía ni de ningún otro poder humano) está Jesucristo, el Archi Hijo, en el cual y gracias al cual todos nacemos y renacemos para la Vida absoluta, en el cual y por quien todos fuimos rescatados para siempre del “olvido” de la vida que busca fuera lo que en realidad está dentro de ella. El es la medida de la Vida en nosotros. No somos nosotros la medida de su vida en la distancia de la verdad del mundo. El es el que nos dice que la duplicidad entre verdad y vida es inadmisibles y es El quien no sólo condena la hipocresía, sino quien deja sin responder con palabras del mundo la pregunta de Pilatos sobre la verdad, A esta pregunta de Pilatos, Cristo responde de otro modo: en la verdad sin distancia de la entrega total de su vida.

Conclusión

Puede decirse que las tesis enunciadas por Henry no son, como se ve, en sí mismas novedosas en cuanto a su contenido. El cristianismo no ha sostenido nunca nada diverso: sólo desde el corazón libre que acoge el misterio de Dios y se deja transformar por El, es posible una conversión personal y así una transformación de la vida social. Para el cristianismo, lo exterior nunca puede causar ni sustituir al acto libre por el cual la persona acoge o rechaza vivir según las condiciones en que su vida ha sido recibida.

Sin embargo, hay algo profundamente novedoso en el pensamiento de Michel Henry, a mi entender, y es la consideración de estos contenidos desde el ángulo estrictamente filosófico en el marco de la corriente fenomenológica, abriendo así –en el ámbito intelectual- un espacio al tratamiento franco de la necesidad de una apertura religiosa que no acepta cualquier contenido para realizarse adecuadamente.

En este sentido, creo que su pensamiento abre un fecundo camino de reflexión y también de inspiración en ambientes intelectuales que bien podrán discutir (y lo hacen) el abordaje de Henry, pero que ciertamente no podrán pasarlo fácilmente por alto.

¿Podrá también Henry decir algo a los hombres del siglo XXI rodeados de expresiones de un cristianismo que fue una vez vivo y que hoy, en muchos

lugares, muere y que parece incapaz de tocarlos en su interioridad? Creo que sí.

¿Puede decirnos algo a nosotros, argentinos que dolorosamente nos debatimos entre una mundanidad que amenaza quitarnos hasta la vida en este mundo y la herencia de una fe que todavía no nos atrevemos a vivir hasta la muerte? Creo que sí y por eso escribí esto.

Haydée Copati

Referencias bibliográficas

Henry, Michel, *La Barbarie*, Bernard Grasset, Paris, 1987. Hay traducción española editada por Caparrós Editores, Madrid – 1996. A mi juicio personal, no es una buena traducción.

Henry, Michel, *C'est moi la Vérité*, Pour une philosophie du christianisme, Editions du Seuil, Paris, 1996. Hay traducción al español: Yo soy la verdad, Ed. Sígueme, Salamanca, 2001.

Henry, Michel, *Incarnation, une philosophie de la chair*, Editions du Seuil, Paris, 2000. Traducción al español: Encarnación, Sígueme, Salamanca, 2001.

Henry, Michel, *Paroles du Christ*, Ed. Du Seuil, 2002. Traducción al español, Palabras de Cristo, Sígueme, 2004.

Henry Michel, *L'Éssence de la manifestation*, Epiméthée, PUF, 2° Ed. 2003 (Primera edición, 1963).



IV Encuentro Nacional de Docentes Universitarios Católicos
docentes@enduc.org.ar - www.enduc.org.ar